

Seguridad e identidad en Carabanchel. Los significados de un barrio como herramienta para el Trabajo Social

Sergio GARCÍA GARCÍA

Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Antropología Social
sergiantro@yahoo.es

Recibido: 19 noviembre 2007

Aceptado: 15 marzo 2008

RESUMEN

En el siguiente artículo pretendo dar cuenta de la relación existente entre los significados de un barrio, las identificaciones con ese espacio, las representaciones de la «inseguridad ciudadana» y el ejercicio del trabajo social. Basándome en el material recopilado en un trabajo de campo realizado en el madrileño distrito de Carabanchel, trato de mostrar los significados devaluados que históricamente ha arrastrado el barrio como consecuencia de la relativa exclusión material que ha sufrido y de las representaciones negativas efectuadas por agencias externas (como los medios de comunicación). A su vez, intento recopilar algunas de las resignificaciones efectuadas por los habitantes de Carabanchel de manera activa, que corroboran o contradicen esos significados atribuidos desde el exterior. A lo largo del texto, se vincula esta semántica barrial con los discursos y las prácticas que se basan en la inseguridad, pretendiendo reflejar cómo las distintas posiciones sociales ante la peligrosidad parecen variar en función del momento dentro de la trayectoria biográfica de poder social.

Palabras clave: Carabanchel, escasez, perifericidad, identidad, seguridad.

Security and identity in Carabanchel. The meanings of a neighborhood as a tool for Social Work

ABSTRACT

This article seeks to show the link between meanings coming from a neighbourhood, people's identification with this place, representations of «lack of safety in the streets» and the exercise of social work. Based on the results of research compiled in the Carabanchel neighbourhood of Madrid, the aim is to show the devalued meanings that the neighbourhood has historically carried with itself as a consequence of the relative material exclusion it has suffered and the negative representations built around it by external agents (such as the media). At the same time, the article compiles some of the reinterpretations actively made by people living in Carabanchel, which corroborate or contradict those meanings imposed from outside. Throughout the text, these neighbourhood meanings are connected with discourses and practices based on insecurity, trying to show how different social positions vis-à-vis danger change depending upon the moment within the biographical course of social power.

Key words: Carabanchel, scarcity, peripherity, identity, security.

SUMARIO: 1. Presentación. 2. Carabanchel: significados atribuidos y resignificaciones de sus agentes. 2.1. El espacio de los actores: distintos significados del espacio público. 2.2. Competencia por un espacio de escasez. 3. Conclusiones. 4. Bibliografía.

1. PRESENTACIÓN

El ejercicio del trabajo social en el contexto de los servicios sociales conlleva una serie de implicaciones políticas que obligan a tomar una posición. Esta posición política, en sentido amplio, es una posición epistemológica: el trabajador social, en sus intervenciones, practica un conocimiento sobre la realidad en la que se desenvuelve. Al estar inmerso en la realidad que conoce e interviene (ocupando una posición de poder determinada), no puede acercarse a las personas con las que trabaja como meros objetos de su acción si pretende establecer un vínculo de empoderamiento. Una *empatía fuerte* consiste en el establecimiento de una relación que, si bien no parte de unas posiciones simétricas, se esfuerza por no reproducir el orden de poder previo. Esto requiere un acercamiento a las personas con las que se trabaja con unas categorías de conocimiento que consideren al otro como un agente creativo de su propia realidad (García García, 2005).

Las discontinuidades socioculturales entre la institucionalidad y las personas que se encuentran bajo su jurisdicción sitúan la relación entre el trabajador social y la persona que usa sus servicios en un lugar intermedio entre el Estado y la población de un espacio social (un barrio). La toma de posición del trabajador social se dilucida aquí en un continuo de actitudes que van desde el *control* (reproductivas del orden) a la *ayuda crítica* (favorables al empoderamiento de la otra persona y, por qué no, del propio trabajador social). La comprensión de las prácticas y de las estrategias discursivas puestas en juego por las personas con las que trabajamos (así como por nosotros mismos) puede arrojar luz sobre nuestra propia intervención (algo útil si queremos que ésta sea realmente democratizadora).

Con el propósito de convertir las herramientas para la acción en el trabajo social, voy a exponer algunas reflexiones surgidas a raíz de una investigación antropológica llevada a cabo en el distrito madrileño de Carabanchel entre los años 2005 y 2006¹. El objetivo de dicha investigación, efectuada bajo un marco metodológi-

¹ La investigación sobre la que baso las reflexiones de este artículo, titulada «El miedo en su contexto. Posiciones sociales ante la inseguridad en Carabanchel», fue presentada de cara a la obtención del Diploma de Estudios Avanzados en el Departamento de Antropología Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid en septiembre de 2006. Las conclusiones de dicha investigación, de manera más ampliada, pueden consultarse en García García, S., 2008: «Inseguridad, poder y biografía en un contexto barrial: el caso de Carabanchel», en *Gazeta de Antropología* n° 24. Granada: UGR (http://www.ugr.es/~pwlac/G24_18Sergio_Garcia_Garcia.html). En la actualidad continúo investigando sobre la misma temática en el mismo contexto en forma de tesis doctoral, ahondando más sobre las prácticas concretas en relación al miedo que exceden los discursos de la (in)seguridad que emplean los agentes del distrito.

co etnográfico, no consistía en acceder a una realidad «objetiva» sobre la inseguridad en Carabanchel, sino a la comprensión de distintos significados (algunos más dominantes que otros) atribuidos por diversas personas a su distrito. Estos significados no son accesibles a partir de técnicas cuantitativas de análisis, sino que requieren de técnicas cualitativas propias de la etnografía, como las entrevistas abiertas y la observación participante en el medio cotidiano de las personas (observando, escuchando y preguntando), para proceder a un modesto acercamiento a los sentidos de los actores sociales (Hammersley y Atkinson, 1994: 15-16)².

El análisis etnográfico de las distintas posiciones sociales ante la inseguridad en dicho barrio, no dejó de relacionarse con mi ejercicio del trabajo social en un centro de servicios sociales del distrito. Precisamente, la permanencia durante años en los servicios sociales del barrio en contacto con los discursos de sus usuarios y de los profesionales, me había suscitado el interés por la cuestión de la inseguridad y el miedo. Por un lado, el asunto de la «seguridad ciudadana» es una formación ideológica que se emplea de manera relacionada con los problemas de escasez y exclusión entre la población en general, pero particularmente entre muchas de las personas que acuden a los servicios sociales. Por otro lado, parece clara la relación establecida históricamente entre la propia profesión y el control social: el trabajo social ha sido instrumentalizado, en muchas ocasiones, como

² Durante el trabajo de campo efectué 15 entrevistas en profundidad, individuales y grupales, a 28 informantes de entre 15 y 90 años residentes en los 7 barrios administrativos que componen el distrito y que presentaban características heterogéneas en cuanto a la posición de clase, género y origen geográfico-cultural. Dichas entrevistas estaban enfocadas a profundizar en los aspectos biográficos de los informantes y en su forma de ver y practicar el espacio barrial, y aunque perseguían una cierta representatividad de la realidad carabanchelera, mi interés no se centraba tanto en la generalización de los resultados como en la comprensión de diversos elementos que entraban en juego con relativa frecuencia a la hora de tomar una posición ante la (in)seguridad. Por otro lado, no es desdeñable la cantidad de encuentros producidos en el ámbito profesional de los servicios sociales del distrito donde ejercía como trabajador social (entrevistas en el despacho o en los domicilios) durante la realización del trabajo de campo. Al estar presididos estos encuentros por otro marco de interacción, el de la institución pública de los servicios sociales, y basados en una relación de ayuda-control en la que mi rol profesional era el de confidente, orientador, supervisor, facilitador o gestor, la información relativa a la desconfianza o la confianza hacia el entorno surgió de manera más espontánea y enlazada con otros temas a priori no vinculados, permitiéndome relacionar así esferas distintas de realidad social. Fueron un total de 31 entrevistas-encuentros en el contexto profesional las que me posibilitaron atisbar las visiones y las posiciones de 39 informantes improvisados que se refirieron a la (in)seguridad en sus barrios. Finalizada mi jornada laboral, trataba de sistematizar la información relativa a la investigación que había obtenido a través de esa observación participante en el centro de servicios sociales y en los barrios y domicilios que visitaba en mi desempeño como trabajador social, y de vincularla con las características socio-biográficas de la persona a las que tenía acceso (en unos casos más que en otros) por mi relación con ella (controlando reflexivamente el contexto particular de la emisión de estos discursos, el de los servicios sociales). Así mismo, quiero destacar la observación que efectué en distintos ámbitos institucionales (servicios sociales y comisarías, principalmente) y extrainstitucionales (conjuntos residenciales, transporte público, domicilios, parques, calles, cafeterías, centros comerciales, parroquias...) en la que recogí en distintos espacio-tiempos lo que acontecía y las formas de practicar el espacio público y privado por parte de sus usuarios. Por último, quiero señalar que también ha sido fuente de información la consulta de referencias mediáticas y de documentación institucional sobre Carabanchel, así como de fanzines, y publicaciones elaboradas por colectivos y asociaciones del distrito.

elemento *higienizador* encaminado a mantener un orden dado. Ante estas dos constataciones, me propongo un ejercicio de reflexión desde el trabajo social que persiga la contextualización crítica de la emisión de discursos sobre la inseguridad con el fin de contribuir a la emergencia de planos de intervención social que se alejen del enfoque del control y de posiciones epistemológicas que individualizan los problemas sociales.

Deseo aclarar previamente algunas premisas conceptuales de las que parto. El ejercicio del trabajo social y la realización simultánea de una etnografía sobre la inseguridad y el miedo, me acercaron cada vez más a los problemas de la identidad. Definiendo el concepto de identidad como la intersección entre las asignaciones y pertenencias sociales externas y los autopoicionamientos de los propios individuos (autoidentificaciones) (Serret, 2004), voy a tratar de dar cuenta de algunos «rasgos de la identidad» de las personas que habitan Carabanchel, incluyendo a algunas que usan los servicios sociales. Antes de adentrarme en el análisis, quiero añadir que la identidad, siguiendo a Michel de Certeau, se sitúa en el plano del lenguaje escrito, del discurso, y por ello no es capaz de dar cuenta de las prácticas corporales y orales que habitan y se transmiten inconscientemente entre personas y generaciones. Las formas de «hacer» de la vida cotidiana se esconden por debajo de los discursos, resistiéndose a formar parte del lenguaje escrito y formal y componiendo la *alteridad* atávica que está en todos nosotros (De Certeau, 1993: 203-233). El *miedo* (una alteridad radical), y las prácticas a las que va asociado, mediante las que se lo actúa, no guarda una relación directa con los *discursos de la inseguridad*; por su parte, estos discursos pertenecen a otro orden de saberes que es el de la política formal, la ciencia y los sistemas expertos de la modernidad, en general. Estos discursos no dan cuenta de la alteridad (la cual queda oculta), sino de la identidad: tratan de homogeneizar el mundo social y forman parte de las estrategias políticas que todos los actores emplean en la modernidad para alcanzar reconocimiento.

El acercamiento a esas identidades, a los discursos identitarios, a través de lo que se dice sobre la inseguridad en el barrio, puede aportar pistas sobre las subjetividades de las personas con las que trabajamos los trabajadores sociales. Enfatizo, por lo tanto, que lo que se va a exponer no es tanto un análisis del miedo como de lo que se dice del miedo, y adelanto que esto que se dice acerca del miedo, más que ser un reflejo de las emociones, constituye una acción performativa constitutiva del mapa de identidades sociales que trazan los habitantes de un barrio en la búsqueda de ciertos reconocimientos de ciudadanía (como el acceso a determinados servicios sociales). La peligrosidad del *otro* es, en este contexto, uno de los mejores argumentos para excluirlo de los beneficios sociales a los que pudiera aspirar.

En la investigación se puso el énfasis sobre las nociones de confianza y seguridad en el entorno tratando de indagar en las distintas formas de representar el barrio por parte de actores diversos. Los resultados más relevantes lograron introducir en el análisis de la (in)seguridad el factor biográfico y la trayectoria de poder social: en función del momento vital en relación a la situación de poder social, creciente, estabilizado o decreciente, parecen aumentar o disminuir las con-

diciones de posibilidad de emisión de discursos y de efectuar prácticas referidas a la autoprotección y a la conservación de lo que se tiene (desde personas a objetos). Resulta destacable cómo la edad social (que no cronológica) fue erigiéndose en la «variable» más relevante a medida que avanzaba la investigación³. Entre miembros situados en distintas posiciones de clase (teniendo en cuenta que Carabanchel presenta una heterogeneidad limitada al respecto, pero llena de matices en función del capital cultural, social y económico)⁴, con distintas identidades de género y diversos orígenes nacionales y étnicos, se podía encontrar la misma diversidad de posiciones subjetivas ante la seguridad y la inseguridad: desde los discursos y las prácticas más confiadas a las representaciones más desconfiadas. Sin embargo, la vivencia de un proceso de empoderamiento o desempoderamiento en el momento de las entrevistas resultó condicionar de manera más destacable la emisión de unas u otras visiones⁵. Tal y como lo interpreté, aquellas personas que tenían sensación de estar creciendo en su poder social, en su autonomía, proporcionaban representaciones del entorno actual más amables que aquellas otras cuya capacidad de influencia se había visto reducida.

³ Con el entrecomillado del término «variable» estoy tratando de explicitar que no he trabajado con categorías de individuos aislables por una serie de características objetivables (como la edad cronológica), por su escasa relevancia a la hora de determinar los significados que atribuyen los vecinos a su entorno. Sin embargo, partiendo de postulados teóricos cercanos al post-estructuralismo, según los cuales los significados quedan relativamente abiertos y carecen de predeterminaciones estructurales, he construido una variable que podríamos calificar de «débil», que se corresponde con la «edad social». Entiendo la «edad social» como el momento biográfico en relación a la consecución de determinadas metas del «proyecto de vida» (que se puede reconstruir una y otra vez, aunque en Carabanchel presenta ciertas continuidades entre buena parte de sus habitantes) que suponen el logro de ciertos capitales intercambiados bajo una lógica práctica por poder de influencia en un ámbito limitado. La «edad social» concreta de un individuo está comprendida en un continuo imaginario entre el máximo empoderamiento y el extremo desempoderamiento, haciendo posible que una persona de 70 años de edad se encuentre en proceso de empoderamiento si es que proyecta la consecución de metas en el futuro (construyendo vínculos sociales nuevos, por ejemplo) o que un «joven» de 30 años se encuentre más cercano al desempoderamiento tras haber alcanzado las metas sociales pertenecientes a su proyecto vital (como puede ser la vivienda en propiedad o la paternidad). No es mi pretensión establecer una relación causal entre el empoderamiento y la (in)seguridad, ya que existen otros factores en el contexto social que van a condicionar y a complejizar la subjetividad, pero a medida que fue avanzado el trabajo de campo pude ir apreciando el aumento de las condiciones de posibilidad de aparición de los discursos sobre la inseguridad en las narraciones de los agentes cuya trayectoria de poder social había atravesado su cima (tras haber logrado las metas vitales nucleares de su proyecto) y se encontraba ya en declive.

⁴ Me he apoyado en las nociones desarrolladas por Pierre Bourdieu acerca de los distintos tipos de capitales de los que puede disponer un grupo y sus miembros, esto es, el económico, el cultural, el físico y el social, fundamentalmente. La posesión de estos capitales tiene como resultado el incremento de una suerte de capital global que aúna a todos los demás, el capital simbólico (Bourdieu, 1997: 107). La utilidad de la noción de capital simbólico para los propósitos de la presente investigación estriba en su potencial significativo a la hora de expresar el reconocimiento social como energía instituyente y, por lo tanto, dotadora de poder.

⁵ Entendiendo el poder como la posibilidad de actuar con mayor autonomía (que no independencia) y de influir en el ambiente, siempre en términos relativos (en relación a otros agentes), el empoderamiento, o el aumento del poder social, no es sino un fragmento temporal definido por un proceso de progresiva capacidad de maniobra sobre la propia vida en el contexto próximo que rodea a la persona, y siempre dentro de las constricciones del marco social.

Los vínculos entre las narraciones del propio entorno, el poder y las posiciones ante la (in)seguridad podían definirse de la siguiente manera. Parece existir una relación estrecha entre el empoderamiento, la confianza y la identificación con un espacio. Este espacio cobra nuevos significados que trascienden su rol de simple marco geográfico cuando contiene procesos sociales y personales de creciente poder social: los agentes que viven esos procesos anclan su experiencia positiva en un enclave intensamente *semantizado*, en un *lugar*⁶.

Partiendo de estas consideraciones, en el presente texto se van a explicitar algunas de las referencias más relevantes al espacio barrial que se produjeron en el trabajo de campo. El imaginario barrial de las personas con las que se relacionan profesionalmente los trabajadores sociales, así como sus representaciones del entorno (como el grado y la forma de inseguridad), pueden proporcionarnos pistas muy interesantes para una intervención que trate de comprender las subjetividades puestas en juego en la relación profesional, y que persiga una mayor democratización por la vía de la continuidad (al servicio de los más excluidos) entre las categorías de la institución y las de las personas bajo su jurisdicción.

2. CARABANCHEL: SIGNIFICADOS ATRIBUIDOS Y RESIGNIFICACIONES DE SUS AGENTES

El Distrito de Carabanchel, en el sur de la ciudad de Madrid, conforma un botón de muestra representativo de las periferias urbanas de las grandes urbes europeas⁷. Es además, junto con Vallecas, un «barrio obrero» en el imaginario so-

⁶ Si Marc Augé describe el crecimiento de los «no lugares» como aquellos espacios carentes de experiencia social y de historia y marcados por el anonimato, que proliferan en la *sobremodernidad* (Augé, 2004), aquí se trata de destacar la pervivencia de los «lugares» en un espacio que quizás no sea el mejor representante de esa *sobremodernidad*, pero que no por ello vive aislado de los procesos sociales que acontecen a nivel global.

⁷ El contexto sociespacial de Carabanchel es el resultado de un proceso histórico acaecido en la ciudad de Madrid, cuya evolución en su periferia no puede ser desligada de los cambios producidos en el centro. La unión de los municipios de Carabanchel Alto y Carabanchel Bajo al de Madrid en 1948 coincidió, siguiendo a Adela Franzé (quien a su vez se basa en los análisis de Castells y Martínez Veiga), con el inicio de una tendencia que conducía, a través de la acción interconectada del capital económico, las políticas estatales y los movimientos sociales, a la configuración de la ciudad fordista (Franzé, 2002). Esta ciudad fordista, caracterizada por la segregación espacial de las actividades de gestión, dirección y control, por un lado, y de las de producción industrial, por otro, se manifestaba también en una localización diferenciada de la población por sectores socioeconómicos, dando lugar al fuerte crecimiento de Carabanchel en las décadas de 1950 y 1960 como barrio que daba acogida tanto a actividades industriales como a población de clase obrera. En una primera etapa inmigratoria, Carabanchel recogió población rebotada del centro de la ciudad (incapaz de absorber más gente), a donde había llegado tras su entrada en la ciudad. Buena parte de esta población se alojó en chabolas hasta que las condiciones precarias de existencia y la escasa dotación de infraestructuras pusieron en riesgo el orden social y político en pleno régimen franquista, dando lugar al Plan de Estabilización y a una política de vivienda social para transformar el paisaje de precariedad residencial que acechaba en ciudades como Madrid (Franzé, 2002: 71-76). El resultado de las intervenciones públicas fue la consolidación de los barrios obreros en la periferia.

cial madrileño, un espacio sobrecargado de significados relacionados con lo popular. Entre otras cosas, Carabanchel implica cárcel (la más emblemática del régimen franquista), pobreza (en relación a otros barrios) y peligrosidad (las representaciones mediáticas del distrito suelen centrarse en sus «sucesos»). Que Carabanchel es algo más que una cárcel, pobreza y peligrosidad es algo que ha empeñado a los habitantes del distrito en sus discursos identitarios durante décadas. Ese *algo más* puede reforzar o contrarrestar las visiones *inferiorizantes* procedentes de los discursos dominantes producidos en el exterior del distrito (instituciones, medios de comunicación y otras personas madrileñas). Toda definición de un lugar conforma forzosamente una sinécdoque, ya que no puede contener y articular toda su complejidad, pero cuando las sinécdoques empleadas constituyen un elemento que desvaloriza socialmente al objeto que definen se producen estrategias discursivas por parte de sus habitantes, algunas de las cuales son: salirse del foco que estigmatiza («yo a veces digo que vivo en Aluche»), valorizar la propia pertenencia a un ambiente hostil (ser «de clase media»

A partir de los años 60, la transformación de los espacios del centro de la ciudad para dar lugar a las actividades terciarias en auge, produjo una expulsión acentuada de población hacia barrios periféricos como Carabanchel. Esta población, desplazada como consecuencia de la especulación inmobiliaria y de los derribos y realojos producidos para renovar el interior de la ciudad y dar cabida a las actividades de gestión y comerciales, se unió a la población directamente procedente de las áreas rurales que se instalaba en barrios como el que nos ocupa, y a los emigrantes retornados del centro de Europa (fundamentalmente en los años 70). Carabanchel se consolida como barrio que aloja en vivienda pública y privada a familias de clase obrera, si bien en los años 70 y 80 se realizan algunos desarrollos urbanísticos destinados a las clases medias profesionales.

En la última década, pese a profundizarse las transformaciones urbanas que conducen al modelo post-industrial de ciudad y a la *ciudad marca*, que compite en el mercado mundial de las ciudades por una cuota de flujo de capital a través de la publicidad de su imagen y de sus símbolos (desde las zonas monumentales a los equipos de fútbol), Carabanchel no ha dejado de detentar su rol subalterno. La llegada de población migrante procedente de otros países ha provocado el retorno de situaciones de precariedad residencial que no se producían desde los años 50 y 60 (hacinamiento y subarriendo). El rápido crecimiento poblacional, junto con el agravamiento de la crónica infradotación de recursos educativos, sanitarios y de servicios sociales, como consecuencia de la presión de la demanda, han dado lugar a una dualización entre la población recién llegada (no solamente inmigrante, también población chabolista realojada en el distrito) y aquella que ya había estabilizado su situación de residencia en Carabanchel y se mueve entre la clase obrera y la clase media (esta última categoría en función de su ascenso social relativo con la llegada de población en posiciones menos elevadas). Esta dualización tiene una especial manifestación en el consumo de servicios educativos privados por parte de la población autóctona (más autóctona que antes) y la ocupación de las plazas escolares públicas, principalmente, por hijos de inmigrantes, de población realojada y demás personas empobrecidas.

Por último, destacar el crecimiento y transformación de la morfología urbana con la construcción de un nuevo barrio al sur del distrito: el PAU de Carabanchel, que rellena el espacio no urbanizado que quedaba hasta el cuarto cinturón de Madrid (itinerario de la autopista M-40) y sustituye con viviendas parte del tejido industrial que se instalaba en esta zona. Este nuevo barrio responde a los criterios de construcción urbana imperantes en toda el área metropolitana de Madrid, recuperando la estructura de manzanas, facilitando la movilidad en transporte privado y promoviendo pautas segregadoras de utilización del espacio (parques en los interiores de las manzanas), reactualizando así el modelo de ciudad liberal del S. XIX. El paisaje resultante es el de un barrio con una creciente dualización en su interior, en una ciudad también crecientemente dualizada que no es sino la resonancia local de una realidad global en la que se incrementa la desigualdad en el marco del nuevo capitalismo.

en un «barrio obrero») o valorizar el propio entorno (el orgullo barrial). Los vecinos de Carabanchel conjugan estas tres estrategias (y otras) añadiendo contenidos o contradiciendo los relatos dominantes.

Así, la *baja autoestima comunitaria*, resultado del proceso histórico de *inferiorización*, puede traducirse en las nociones de *perifericidad* (con respecto al centro y los centros de poder) y de *escasez* (de recursos materiales y simbólicos en relación a otros centros). Sin embargo, este autoconcepto se rellena con otros discursos identitarios, como el que designa a Carabanchel como un «barrio obrero». «Obrero» remite a comunidad, solidaridad, autenticidad, etc., todos ellos valores opuestos a la noción de ciudad, la cual se presenta en el imaginario social como alienante, anónima, inhumana, etc. De este modo, Carabanchel aparece como un lugar intermedio entre lo urbano y lo rural (sin olvidar el origen rural de buena parte de su población) que compensa lo negativo de la ciudad al albergar lo pintoresco de la cultura popular («de Carabanchel, macarra», auténtico)⁸. Lo «obrero» del barrio fortalece el vínculo identitario y legitima los procesos de lucha vecinal encaminados a su propio empoderamiento, enmarcando la realidad local en el cuadro más amplio de la sociedad de clases. Sin embargo, el discurso obrerista no es empleado por todas las personas que viven en Carabanchel. Se podría afirmar que ha perdido fuerza en la medida en que se ha pasado de una organización social fordista a otra postfordista (donde la estructura social, sin *horizontalizarse*, se complejiza) y que han avanzado otros imaginarios sociales manifestados en discursos y prácticas que se acercan más al eje político de la seguridad que al de la igualdad.

A continuación se van a exponer distintas posiciones sociales ante el espacio barrial sin dejar de vincularlas con el tema de la seguridad. Se trata de las subjetividades de los agentes de Carabanchel, no del simple reflejo de la manipulación del discurso mediático. Se van a poder apreciar las estrategias puestas en juego en las prácticas y los discursos espaciales.

2.1. EL ESPACIO DE LOS ACTORES: DISTINTOS SIGNIFICADOS DEL ESPACIO PÚBLICO

El espacio, al igual que el tiempo, está cualificado socialmente. De la misma manera que las celebraciones festivas indican una serie de marcas en el calendario referidas a ciclos de acción, el espacio y sus componentes (viviendas, calles, plazas, etc.) están significados socialmente de acuerdo a unos códigos sociales inteligibles por todos los miembros de una sociedad (García García, 1976: 68-74). La construcción social del espacio va a asignar, por lo tanto, significados di-

⁸ La reafirmación de la cultura popular del barrio como elemento compensatorio a su devaluación en la sociedad madrileña general, encuentra una de sus manifestaciones más célebres en la frase pronunciada por el actor Santiago Segura en la película «El día de la bestia»: «*Satánico y de Carabanchel*». Esta afirmación identitaria condensa el significado «malo» del barrio, a la vez que ensalza su maldad como una virtud que se convierte en el elemento diferenciador con respecto a la «corrección social» que representan otros barrios en el imaginario madrileño.

ferenciales a los enclaves, si bien, a veces no se produce un consenso en el sentido que se les asigna (la forma de utilizar el parque por parte de los jóvenes es distinta de la de los mayores) y se puede llegar a situaciones de conflicto. La competencia por la definición y el uso del espacio serán protagonistas más adelante. Por el momento se indagará en los cambios producidos (produciéndose) en el espacio urbano contemporáneo a través de los que se pueden observar en Carabanchel y su relación con la inseguridad.

2.1.1. *El vaciamiento de los lugares y sus limitaciones*

Existen nuevos hábitos de ocio, como los relacionados con el consumo de productos audiovisuales, que encuentran su lugar privilegiado de realización en los recintos privados (viviendas) y privatizados (las «plazas» de los «centros» comerciales). De ahí que la calle vaya quedando relegada a un segundo plano, reducida a un lugar de tránsito en la subjetividad de muchos vecinos. En la medida en que se produce un relativo vaciamiento social del espacio público, aumenta el temor a las amenazas que pueda encerrar. El espacio público está dejando de ser un lugar de referencia primordial para construir la identidad colectiva, siendo sustituido, en este rol, por los medios de comunicación: se acentúa, así, la mediatización del conocimiento y la cultura (García Canclini, 2001: 260-265). Ante un mundo mediatizado y una calle relativamente vacía, el temor avanza en las subjetividades, principalmente en las dañadas por la sensación de cese del ascenso del propio poder social. Sin embargo, diversos estudios etnográficos vienen matizando lo anterior al mostrar cómo hasta los centros comerciales pueden convertirse en lugares de experiencia significativa.

Una mujer del distrito con una niña recién nacida, residente en una ciudad y una casa nuevas para ella, en un barrio de reciente construcción, advirtió que se levantaba muchas veces por las noches para ver si su hija se encontraba viva:

—M: *Y yo en la noche me levanto ochenta mil veces.*

—S: *¿Para ver si está?*

—M: *Para ver si está muerta, o sea, estoy obsesionada con que le va a pasar algo. (...) Me paso la noche mirándola, es obsesión, no sé, es algo...*

Su marido argumentó, mientras su mujer asentía al hilo de sus comentarios, que la ciudad (ella procede de un pueblo de Toledo) le había generado a ella una enorme inseguridad (ruidos de ambulancias). Se puede señalar que su edificio se sitúa justo en la confluencia de dos grandes avenidas de tráfico rodado, donde no cesan de pasar coches a velocidades elevadas y ambulancias y policías con sirenas que evocan «sucesos» negativos. Se trata de un espacio de tránsito para los ocupantes de los coches que corren junto a unas aceras muy poco confluídas. Los coches, cuyo interior es un habitáculo de experiencia personal sólo para sus usuarios (una suerte de *lugar* ambulante), son percibidos como fríos y distantes desde el exterior cuando pasan a gran velocidad y no se pueden distinguir las figuras humanas que los habitan. No se puede establecer una relación causal directa entre el desasosiego de esta madre y el espacio que habita, ya que sus

temores tienen una raíz compleja e histórica y se materializan en su propia biografía (como género encarnado), pero llama la atención cómo las referencias al espacio son muy persistentes cuando se relatan sensaciones de ansiedad. El espacio carece de significado en sí, tiene que ser semantizado, pero estas significaciones están condicionadas aquí por la sensación de cese del empoderamiento (al menos de forma provisional): se trata de una mujer que ha visto alcanzadas las metas personales que hacen de núcleo de su identidad (como la maternidad, la vivienda en propiedad, la vida en pareja...). El hecho de haber logrado los que eran sus objetivos vitales hasta el momento y de crearse la necesidad de conservarlos, parece producir el efecto de representar el medio como amenazante, lo cual converge con el vacío social de su barrio de nueva construcción. Este vacío social puede ser relativizado en la medida en que el espacio es *territorializado* por sus habitantes (las prácticas de habitar la ciudad que constituyen resistencias frente a la planificación urbanística y al control panóptico) (De Certeau, 1996: 105-109).

Los habitantes reactualizan el valor social del espacio público resignificándolo y reapropiándose continuamente de lo que viene dado. Esto se realiza en distintos grados por parte de las personas de un barrio, lo cual explica que la desconfianza proyectada hacia el entorno no sea un fenómeno que afecte igualmente a la totalidad de las personas que viven Carabanchel (parecen operar, entre otros factores, el momento vital y de la trayectoria de poder social). El barrio como escenario de sociabilidad y de las experiencias más significativas de la biografía, elevado a discurso identitario, se encuentra tras aquellas voces que expresan mayor confianza hacia el entorno. Ejerciendo como trabajador social en el barrio de Opañel, me llamó la atención, en una visita al domicilio de un matrimonio destinada a valorar un servicio de ayuda a domicilio, el hecho de que la mujer se despidiese y dejase la puerta de la casa abierta tras mi entrada hasta que se lo señalé. La confianza ante el entorno manifestada en el lapso de la puerta (que es lapso y no normalidad en el entorno social en el que se efectúa la investigación), queda corroborada ante el aprecio a la calle que la mujer manifestó verbalmente: «mis hijos querían que viviese con ellos en su casa, pero me asomaba a la ventana y sólo veía la piscina a un lado y un parquecillo para los niños al otro. Yo prefiero mirar a la calle, ya conozco a la gente que pasa, ¡ahí va fulanito!». Se estaba refiriendo al tipo de vivienda de nueva construcción con estructura de manzana cerrada en el que habitan personas pertenecientes a generaciones más jóvenes, como sus hijos. Son apreciables las distintas posiciones ante el entorno de la anterior mujer y de la referida en este párrafo (cuarenta años mayor): mientras la primera parece haberse desilusionado por la consecución de metas, y desarraigado con su «ascenso» residencial, la segunda (cronológicamente mayor, pero «socialmente más joven») prima en ese momento de su vida su autonomía y desinvolvemento en su barrio (a pesar de haber cambiado a una vivienda nueva, pero integrada en el barrio). El capital social («¡ahí va fulanito!») parece ser una fuente primordial de arraigo, confianza y poder social que resiste al proceso de vaciamiento social del espacio público.

2.1.2. Espacios públicos valorados

Las calles más densas socialmente (aquellas que concentran buena parte de la interacción social por reunir actividades comerciales, de ocio, etc.) o determinados espacios públicos, como los parques y las plazas, son especialmente valorados por muchos vecinos. La relativa valorización de un espacio (en capital simbólico) está relacionada con su consideración como espacio de *abundancia*. Independientemente de que en estas zonas de prestigio se produzcan más o menos actos delictivos, su inserción en una cadena de imágenes positivas es causa y efecto de la relativamente alta sociabilidad que contienen. La observación realizada en el barrio de Vista Alegre, constituido en centro social y simbólico de Carabanchel (por la densidad comercial y la concurrencia de sus calles) me permite interpretar este espacio como un lugar en el que se confía. Como trabajador social de este barrio he podido percibir un nivel socioeconómico ligeramente más elevado (predomina la vivienda de promoción privada) y, sobre todo, un capital cultural más trabajado (palpado en las librerías de las casas, en los temas de conversación). Vista Alegre, que contiene en su interior la parada de metro «Carabanchel», es el barrio en el que, probablemente, la gente del distrito se autoidentifica con más frecuencia como carabanchelera. La presencia en sus calles de numerosos viandantes genera confianza. En las calles poco frecuentadas de otros barrios se producen en mayor medida las miradas preventivas.

En definitiva, se trata de un espacio de sociabilidad que posee, entre sus atractivos, un valor simbólico más elevado que el resto del distrito al albergar buena parte de los espacios de consumo colectivo privados del barrio (colegios privados, academias de actividades culturales, un centro comercial de una marca de prestigio en lo que fue su antigua plaza de toros, un recinto que, en su momento, albergaba, no solamente toros, sino baloncesto profesional y conciertos internacionales, etc.), teniendo en cuenta, además, la devaluación de determinados recursos públicos y sus usuarios en el imaginario social de las sociedades occidentales actuales (Bauman, 2003: 87-96). La fuerte densidad de tráfico de viandantes en las calles deja una impronta de confiabilidad en el espacio público, hasta el punto de que, a modo de indicador, las primeras plantas de los edificios, por contraste con otras zonas menos confluidas, parecen poseer un número inferior de rejas y de placas de empresas de seguridad (presentes en comercios, pero no tanto en viviendas). Esto puede ser efecto de la revalorización simbólica de un espacio (a pesar de los procesos de exclusión social que oculte, como en los casos de «ennoblecimiento» de las zonas céntricas de las ciudades europeas): la sensación de aumento de la prosperidad de una zona, y la sociabilidad que lleva aparejada, consigue desplazar a otros sitios las representaciones de la desconfianza:

—P: *Con El Corte Inglés, el Hipercor y la plaza de toros ahí, los pisos ahí se han encarecido un montón, desde que..., porque es que antes, yo me acuerdo que cuando era pequeña que estaba la plaza de toros antigua y había una, una carpintería al lado, creo, aquello estaba, los soportales donde metían a los toros,*

estaba aquello lleno de basuras, iban los mendigos, olía aquello... y yo iba al colegio e íbamos por General Ricardos por no pasar por allí, aquello sí que daba miedo antes, y ahora, se nota.

—S: *Yo creo que cualquier sitio que un poco, que se diferencie un poco para mejor, de otras zonas y que un poco, pues haga que gente de fuera venga a divertirse (recalca esta palabra) a Carabanchel, pues yo creo que eso ayuda.*

Otra muestra de espacio socialmente valorado que suscita la identificación de los vecinos (y por tanto es vivido como seguro) es el Parque Eugenia de Montijo. La construcción de una carretera que lo atravesaría por una de sus zonas arboladas y por la enorme pradera que identifica a dicho enclave, consiguió movilizar a varios centenares de vecinos que reaccionaron intentando paralizar las obras, creando permanencias informativas junto a las mismas y manifestándose por las calles del barrio una vez por semana. Esta movilización tuvo una organización rápida y relativamente eficaz, teniendo en cuenta que las obras se iniciaron en pleno mes de agosto con el doble propósito de generar las menores molestias y las menores protestas.

El Parque de Eugenia de Montijo corre paralelo, en forma de pasillo, a la vía del metro semi-soterrada que separa los distritos de Carabanchel y de Latina. La cárcel y un cementerio sustituyen a la vía en su límite: el parque, pues, puede ser considerado como un espacio compensatorio para una zona de edificios, la denominada por los vecinos como «Fátima», construida entre los años 70 y 80 con capital privado y con unas características sociales propias de las nuevas clases medias periféricas que estaban naciendo en ese periodo histórico. La reacción de los vecinos (varios centenares en esta manifestación) ante la pérdida de uno de los espacios públicos verdes del barrio en favor del tráfico rodado, consistió, precisamente, en la ocupación de la vía pública con el fin de dar visibilidad y publicidad a la reivindicación y de retomar, de manera simbólica, el espacio público del tráfico rodado (que va a arrebatarse el lugar considerado como propio). Esta acción puede enmarcarse en las luchas sociales urbanas que afloran en las últimas décadas del S.XX y que persiguen, siguiendo a Manuel Castells, un triple objetivo: consumo colectivo (el valor de uso de la ciudad frente al valor de cambio), cultura comunitaria (búsqueda de identidad frente al poder homogeneizador) y autogestión política (búsqueda de fórmulas más democráticas de gestión con base local) (Cucó, 2004: 192-194)⁹. Las consignas de los manifestantes dan buena cuenta del alineamiento ideológico de los asistentes («¡Carabanchel en lucha obrera!», «¡Qué casualidad..., que el parque del obrero lo van a quitar!»). La autoadscripción de los manifestantes y de su barrio a la clase obrera denota el tipo de asociaciones que se producen tradicionalmente entre las reivindicaciones vecinales y los movimientos de izquierda. Lo popular es esgrimido como elemento de identificación y de legitimación («¡Lo llaman democracia y no lo es!», «¡Políticos de mierda, el parque es popular!»).

⁹ Cucó extrae este análisis de Castells, Manuel, 1986 (1983): *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Madrid: Alianza.

Este apoderamiento simbólico de la vía pública, autorizado por la administración correspondiente, fue vigilado por una relativamente fuerte presencia policial que, además, realizó durante meses una vigilancia continua alrededor de la valla que encerraba la obra. Pude observar cómo dos niños de unos 10 años de edad se acercaron a un policía municipal y le preguntaron: «¿Van a tirar este árbol también?». El policía dio a entender que él no era del barrio y que todo esto ni le iba ni le venía, sino que solamente hacía su trabajo. Los niños, a continuación, le pidieron que firmase contra la carretera. Su acción comunicativo-subversiva es una acción política que viene impulsada por la implicación directa y personal en el problema (un parque es un espacio altamente valorado por niños y jóvenes, es el contenedor de buena parte de las experiencias sociales de este colectivo y como tal, es objeto de defensa y participación política) y por su actuación, a modo de performance, como vecinos de un barrio que se quiere combativo (al menos en el discurso de algunos de sus habitantes). La manifestación en el barrio es una buena oportunidad para poner en práctica estrategias de empoderamiento. Pero además se trata, siguiendo a John Gledhill, de un proceso micropolítico local que se alimenta de otros procesos políticos de mayores dimensiones, a la vez que contribuye a su persistencia con el acto de reactualización que representa (Gledhill, 2000: 203).

2.1.3. *Identificación con el barrio a partir de la propia incidencia*

En el caso de la lucha vecinal para salvar el Parque Eugenia de Montijo, así como en las acciones llevadas a cabo contra la instalación de parquímetros en el barrio, la administración municipal tuvo que paralizar, al menos temporalmente, sus proyectos. Esta experiencia de éxito del movimiento vecinal (que parecía resurgir en Carabanchel tras dos décadas de letargo) propicia la reconstrucción de la identidad barrial, si no como obrera, al menos asociando la propia existencia y resistencia a un conflicto de clases. Sin embargo, este no es el único discurso que circula en relación a la identificación con el barrio (o los sub-barrios de Carabanchel). Las calles y los parques del sitio donde se reside, como espacios sociales de identificación y experiencia biográfica, son también objeto de un discurso más o menos elaborado: el realizado por las personas vinculadas con la Iglesia Católica a través de las parroquias de barrio. En una de estas parroquias, inaugurada hace 5 años en el barrio de Opañel (cerca de la Plaza Elíptica, en una de las zonas más sometidas a la renovación urbanística durante la última década), uno de sus curas, cercano a los 40 años de edad y relativamente joven en su institución (en edad y en rol), trató de situarme geográfica y socialmente en el barrio. Refiriendo que llegó en 1995 a la parroquia, justo cuando comenzaban a erigirse los primeros ladrillos del nuevo edificio, señaló que «estaba todo rodeado de chabolas». Realizando una clara diferenciación entre «la parte antigua del barrio» y «la parte nueva»¹⁰, citó algún que otro estudio referido al papel fundamental de las

¹⁰ Hay que situar estas referencias espaciales en una escala relativamente pequeña, el espacio que abarca la parroquia es una mínima parte de Carabanchel.

iglesias, mezquitas y demás centros espirituales en la estructuración social de los barrios. Su apoyo empírico de esa hipótesis lo constituye su propio barrio de residencia y de trabajo: aseveró que los pisos nuevos que construyeron sobre las chabolas que existían anteriormente no comenzaron a venderse hasta que no se construyó la iglesia, ya que ésta aporta una referencia espiritual más allá de lo religioso, un anclaje mental al espacio. En su discurso, el sentido estructurador de la iglesia es fundamental para aliviar la soledad que invade las almas en un mundo hipercomunicado (gesticuló para referirse a Internet y al apremio del móvil sonando). Imaginando las vidas de las personas que viven en «la parte nueva» como regueros de sufrimiento por la soledad contra-natural que les invade, resaltó los valores comunitarios y solidarios de los habitantes de «la parte vieja». Lo «antiguo» (representado por la «parte antigua» del barrio) iba ligado a conceptos como los de «comunidad», «familia», «confianza» y «solidaridad», mientras que «moderno» se vinculaba a «soledad, «individualismo», «problemas/conflictos» y «jóvenes chulos, indisciplinados e ignorantes». La posición física de la nueva iglesia es intermedia entre las dos zonas citadas, lo cual simboliza, para el cura informante, su función cohesiva. Tal y como narró, el templo pretende mostrar una imagen de modernidad (apoyada en los principios renovadores del movimiento neocatecumenal y representada por una estructura cuasicircular y supuestamente abierta al barrio, así como por una estética innovadora), resumida en la frase «una iglesia para el tercer milenio». El interior de la parroquia es descrito por este informante mediante la metáfora de la ciudad medieval: tiene pocas puertas porque de lo contrario sería ingobernable («no se podría ejercer el pastoreo»), posee una «plaza» (la sala central) como lugar de encuentro, y varios espacios de actividades contiguos como lugares de trabajo y comunicación. En definitiva, la iglesia representa en su discurso un lugar compensatorio en relación al vaciamiento espiritual de la calle. En el templo habita lo que ya no se encuentra en la sociedad (parte nueva), es un lugar de experiencia humana, según la representación de sus máximos promotores. Esta es la razón que aduce para explicar el hecho de que su iglesia ya comience a atraer a algunos de los habitantes de la zona nueva del barrio, procedentes de su mundo solitario e individualista¹¹.

Interrogado acerca de sucesos acaecidos en el entorno que él hubiera presenciado, me transmitió que en una ocasión observó desde la iglesia (y sus propiedades panópticas) un «tirón» que le produjeron a una señora y en la que la actuación de un matrimonio que pasaba en coche consiguió inhibir a los victimarios. Este relato sirvió a su emisor como escena representativa de la solidaridad exis-

¹¹ Sin embargo, la supuesta apertura al barrio de este edificio y sus habitantes (en él residen los curas que ejercen) está matizada por distintos elementos que, más que acercamiento a la vecindad, constituyen un control sobre la misma. En una ocasión en la que acudí a la parroquia en busca de los dos curas informantes, uno de ellos salió a mi encuentro nada más atravesar la puerta de la parroquia: «te he visto pasar por la calle». El edificio posee una estructura panóptica que compensa la ausencia de rejas en las cristalerías que lo rodean. Se trata de unas cristalerías que, a modo de espejo unidireccional, impiden ver el interior y permiten, desde dentro, ver el exterior. El control que ejerce este cura sobre el barrio le dota de un conocimiento de primera mano sobre el área más cercana.

tente en la zona antigua del barrio (en contraposición a la nueva). Un segundo suceso que presencié fue un ataque dirigido a la propia iglesia. Dos jóvenes se taparon la cara y comenzaron a tirar piedras contra la puerta (ésta está enrejada, mientras que el resto de los ventanales no, por lo que el ataque perseguía, probablemente, una acción de enfrentamiento simbólico más que producir daños materiales o intentar asaltar el edificio). El cura llamó a la policía y se sintió desolado, según relató, cuando una voz no paraba de repetirle «todos nuestros agentes están ocupados». Llamó a unos vecinos que viven muy cerca «para avisarles por si me pasaba algo», destacando su presencia como protectores. En el exterior del edificio me mostró la ausencia de rejas en las ventanas y la pared blanca de las fachadas, sin verja de por de medio entre ésta y la calle y sin, ni siquiera, pintadas. Cree que la gente respeta la iglesia más de lo que cabría esperar y explicó que está protegida por los vecinos, que la construyeron y la sienten como propia. Todas estas explicaciones resultan significativas a la hora de comprender la enunciación de su discurso sobre la seguridad creciente en el barrio. Este cura «joven» no siente que haya llegado la decadencia al mismo, sino todo lo contrario: lo que ha arribado es *su* parroquia, un proyecto renovador y propio. Además, el rol de persona confiada y segura forma parte de la dramatización del papel del «padre que cuida de sus hijos», el «pastor». Los envejecidos del barrio (mayores usuarios de los servicios de la parroquia), que vuelven a ser «hijos», asistidos, expresaron una visión mucho más pesimista de la seguridad en su entorno. El cura es relativamente joven (dentro de la iglesia y entre sus usuarios), lo cual le hace valorar el presente (mejor que un pasado que él no vivió pero que imagina como ruinoso a causa de la droga, y que un futuro en el que probablemente sentirá que el tiempo pasado fue mejor) y sentirse seguro en su espacio-tiempo, y progresivamente más «padre», es decir, va ocupando una posición de poder simbólicamente protectora gracias al creciente reconocimiento social que siente en el barrio (y que en último término también le protege a él). Por contraste, buena parte de los usuarios de la parroquia (también de los servicios sociales) expresan la decadencia del barrio y el aumento de la inseguridad ante su creciente incertidumbre y pérdida de autonomía.

Y es que los anclajes espaciales, que lo son por las posibilidades de relaciones sociales que proporcionan y la consecuente impresión de identidad que brindan, parecen relacionarse con la sensación de seguridad. Lo familiar, lo conocido, ofrece una continuidad identitaria que subyace a los cambios vitales que se producen en las biografías. Lo que las personas que han visto dejar de crecer su poder social sienten en el espacio, no es sino la sensación de extrañamiento. Bien porque el espacio es nuevo (como en el caso del joven matrimonio recién llegado a un barrio recientemente construido), o bien porque las relaciones que en el mismo se dan son novedosas para personas que llevan años habitándolo (como en el caso de barrios con población mayor y nuevos pobladores inmigrantes), lo que ocurre en los casos de estancamiento o de retroceso del proyecto vital es una desidentificación con el espacio, una desterritorialización. Precisamente es la pérdida de capital social la que genera ese extrañamiento: la reducción de una red

que aporta legitimidad produce desempoderamiento. Esta *desterritorialización* que, como se podrá objetar, también puede ser sufrida por muchas personas inmigrantes recién llegadas, lo es mientras el proyecto queda en suspenso y cobra más peso lo que se ha perdido que lo que se va a ganar, pero en cuanto se produce una reanudación del proyecto ascendente iniciado en el país de origen (si es que es así), se recobra una posición discursiva de confianza en el entorno y se produce una *reterritorialización*. La desidentificación con el lugar parece guardar, entonces, una relación directa con el estancamiento y el descenso en el poder social. Y al revés: como en el caso de nuestro informante cura, el empoderamiento procedente del aumento de la propia incidencia en el entorno, genera identificación con el mismo y una representación discursiva más positiva.

2.2. COMPETENCIA POR UN ESPACIO DE *ESCASEZ*

En las entrevistas efectuadas en el contexto profesional de los servicios sociales del barrio, así como en la observación de las narraciones y diálogos que se producen en las salas de espera, he podido constatar cómo buena parte de los discursos giran alrededor de la dificultad de acceso a determinados servicios y cómo esto es achacado en muchas ocasiones a la presencia de actores ilegítimos en el mismo espacio social. Los discursos sobre la inseguridad suelen venir encadenados en esta lógica narrativa.

El propio sentimiento de devaluación deja abiertas las puertas a la competencia por el espacio público. El espacio público, espacio de la visibilidad, sigue constituyendo (a pesar del avance de los hábitos de ocio en espacios privados o privatizados y de la relevancia de los medios de comunicación en la construcción de las identidades) un lugar donde se producen significados colectivos. La presencia en el barrio de otros grupos de identidad devaluada, y construida como amenazante, puede generar una impresión de decadencia, de pérdida de la esencia barrial, y en último término, de inseguridad vital. Ariel Gravano aborda en su «Antropología de lo barrial» las sensaciones de inseguridad en un barrio de Buenos Aires indicando que, en general, los adultos ven más inseguro el barrio que los jóvenes y que los espacios más frecuentados por cada persona son concebidos como los mayores depositarios de confianza, más allá de las características del espacio en sí (Gravano, 2003: 210-217). La necesidad de levantar barreras, por parte de los vecinos más acomodados y antiguos en el barrio, con el fin de *sobreterritorializar* su propio espacio, coincide con lo que acontece en Carabanchel. El criterio para hacerlo proviene de una asunción esencialista de la realidad: los vecinos nuevos, por sus características, son proclives a imprimir su violencia en el barrio. Lo que resulta más interesante de la investigación de Gravano es la introducción de la variable temporal, o generacional, en la percepción de la inseguridad: la existencia de una *época base* que sirve de referencia a los individuos para asignar identidad, de manera metonímica, al barrio y a sus habitantes, conlleva una percepción de lo nuevo, lo emergente, como no barrial y como amenazante (Gravano, 2003: 227).

2.2.1. El barrio auténtico

La *época base* es la referencia de lo auténtico para muchas personas mayores cuyo poder social se ha deteriorado. Pero la *época base* lo es para cada actor, se reactualiza con las biografías que surgen y se desarrollan en el barrio. Para muchas personas, más allá de su proceso vital (ascendente, o no), el sentimiento de pertenencia a Carabanchel conlleva la creencia en una afinidad social con el resto de vecinos. La ilusión de la homogeneidad como punto de partida (un pasado o un presente en el que todos son «iguales») se erige en referente ideal. Esa homogeneidad puede estar contaminada por la presencia de personas que representan otras identidades. Un informante de 17 años se refirió en una entrevista a una especie de requisito ideológico para pertenecer a Carabanchel al hilo de unos comentarios sobre una agresión que había sufrido un amigo suyo por parte de unos ultraderechistas. En la visión de este informante, ser de Carabanchel significa ser obrero, y ser obrero es ser de izquierdas, por lo que no tiene cabida una ideología fascista en un barrio con unas características sociales como el suyo. Los mismos componentes de este discurso aparecieron en otra adolescente de otra zona del barrio que identificaba lo obrero como contrapuesto a lo nazi y, por lo tanto, más «propio» de Carabanchel:

—E: *Hombre, es que yo, me gusta el mío porque es un barrio obrero de toda la vida, que no hay nazis casi, que eso es lo que me importa a mi, y es cómodo, y eso, para estar.*

La competencia por el espacio está asociada con una lucha por su definición. Así, para estos jóvenes una ideología derechista se encontraría desarraigada de un barrio como el suyo. Sin embargo, uno de estos informantes expresó una mayor permisividad con la presencia de otros grupos de adolescentes que, en principio, sufren un gran rechazo social por parte de los medios de comunicación y de buena parte de los vecinos autóctonos, como los de origen latinoamericano (algunos de ellos pertenecientes a bandas constituidas, como la de los Latin King o los Ñetas). La tolerancia hacia estos grupos viene condicionada por su oposición formal a los valores dominantes, los de la sociedad que rechaza a los extranjeros, por lo que en el juego de conflictos intergrupales, los jóvenes de origen latinoamericano que autoafirman su identidad son potencialmente aliados (al menos en el momento de las entrevistas).

2.2.2. Compartiendo espacios de escasez

Pero aunque los sentimientos de competitividad por el espacio aparecen en muchos grupos sociales y en muchas personas, independientemente de su trayectoria de poder social, el recelo hacia los «otros» se acentúa cuando el propio poder se halla en retirada. En una entrevista a los vecinos de avanzada edad de unas viviendas obreras aparecen las mismas fuentes de inseguridad que transmiten muchos informantes de edad avanzada: gitanos, inmigrantes y jóvenes. Sin embargo, el discurso es más agresivo que el que emitieron los informantes de una

zona pequeño-burguesa de viviendas unifamiliares: en su edificio existe convivencia con las supuestas fuentes de peligro. Se imaginan como una comunidad en decadencia: rememoran los tiempos en que la escasez y la comunión de intereses (tenían que coger agua de una fuente comunitaria, todos tenían niños pequeños, la misma edad, procedían de zonas rurales y la vivienda en propiedad suponía la consolidación de su proceso migratorio) generaban un sentimiento de seguridad. La marcha de los hijos, el envejecimiento del vecindario, la muerte de algunos y la sucesión de las viviendas por población extranjera en régimen de alquiler, es vivido con angustia. La convivencia hace más fácil la competencia por recursos escasos, en este caso los espacios públicos: se alude varias veces a las facilidades que tienen los inmigrantes para acceder a la vivienda o a los servicios sociales. Ponen en contraste las dificultades de sus hijos, víctimas de la segregación espacial y residentes en las periferias de las periferias, con las supuestas facilidades de «los de fuera», los de la periferia mundial (una de las anécdotas que cuenta una informante, a modo de rumor, es cómo a los chinos se les perdonan los impuestos durante cinco años para poner una tienda).

Un matrimonio joven recién llegado a una nueva zona residencial identifica el interior del edificio con propietarios y con españoles. Los extranjeros (o gitanos) y los arrendatarios son sospechosos, por lo que se está estableciendo una comunidad basada en la propiedad y en una supuesta pertenencia étnica:

—M: *Y en el garaje. En el garaje también roban...*

—J: *Sí, son unos inquilinos, de un piso que está alquilado en el edificio...*

—M: *Son sudamericanos.*

—J: *Son sudamericanos, y la gente sospecha de ellos porque, porque claro, tienen acceso directo al garaje, y han encontrado, pues de todo..., es más, tenemos que poner un antipánico porque hay mucha gente alquilada, entonces el garaje es comunitario, comunica, pues nos tememos que nos roben.*

Pero no sólo la población inmigrante es percibida como apropiadora de algo que en principio no les pertenece, como las viviendas de un bloque, sino que la población gitana es percibida como ocupante ilegítima de viviendas como las del resto. En el siguiente pasaje de entrevista podemos percibir cómo se produce una asociación de ideas entre «extranjeros» y «gitanos», la cual conduce a una unificación de la alteridad:

—M: *Y como yo le dije al del ayuntamiento: señores, mi hijo ha tenido que quitarles de comer a sus hijos, para poder pagar un piso donde están sus hijos. Y esa señora, tenían un hijo y desde el primer momento, el gobierno o el ayuntamiento, la comunidad, quien fuera, les pagaba... y ahora dicen que pertenecen a A-I-R Asunto para el Realjo de Indeseables y Sinvergüenzas. (Risas).*

Pese a que la llegada de población inmigrante ha proporcionado a buena parte de la población autóctona «paya» un nuevo referente negativo que ha hecho desaparecer ligeramente de los discursos el protagonismo de los gitanos como portadores de lo indeseable socialmente, y a un buen número de gitanos un chivo expiatorio sobre el que proyectar parte de los estigmas con los que cargaba, el conflicto etnificado continúa presente en aquellas zonas que soportaron proce-

sos de realojo masivos durante los años 80. Según pude observar en un edificio colindante con el barrio de Pan Bendito, junto a la valla que separa el propio jardín de la zona ajardinada de los bloques de protección oficial que forman dicho barrio, se erige una barricada formada por viejos somieres que persigue la finalidad de elevar la barrera física entre ambas zonas, así como de diferenciarse geográfica y simbólicamente. El aspecto de espontaneidad que proporcionaba la imagen sugiere el carácter de urgencia con el que se levantó y la vivencia intensa de un conflicto. Este edificio fue construido a principios de los años 70, es decir, más de una década antes de la construcción del actual Pan Bendito¹², y aguarda en su interior una serie de peculiaridades culturales, según he podido observar como trabajador social de algunas de las familias de estos bloques, marcadas por el origen popular de sus habitantes (emigrantes rurales de escasa cualificación), la forma de acceso a las viviendas (por recomendaciones al Ministerio de la Vivienda de personas influyentes durante el régimen franquista, para las cuales trabajaban como empleadas de hogar, limpiadoras, chóferes, etc.) y el miedo y el conflicto vividos con la llegada de los nuevos habitantes a Pan Bendito durante los años 80, en su mayoría de etnia gitana, coincidiendo con el auge del consumo de heroína y de robos en todo Madrid y, de manera especial, en esta zona¹³. La deuda contraída en relación a las prácticas paternalistas del franquismo, así como el conflicto etnificado generado en el marco de la competencia por recursos escasos con la llegada de la nueva población a Pan Bendito, contribuyen fuertemente a conformar una ideología marcadamente anti-gitana¹⁴. Pero además, nos encontramos ante una situación muy nítida de declive del poder social. Las familias residentes en este edificio que he tenido oportunidad de conocer ejerciendo como trabajador social, reunían ciertas características comunes: unas viviendas cuyo elevado valor económico en el mercado no se corresponde con su extrac-

¹² Pan Bendito fue uno de los barrios emblemáticos en el crecimiento de las zonas de infravivienda durante los años 60 en Madrid. Recogió a la población expulsada por la carestía de la vivienda de otras zonas de la capital, así como a población de origen rural que llegó a Madrid en una situación de total carencia. Las autoconstrucciones fueron sustituidas, durante los años 70, por bloques de unas cuatro plantas que fueron derribados a los pocos años para ser sustituidos por los actuales bloques de ladrillo rojo de entre 10 y 14 plantas (visibles por su tamaño y por su homogeneidad). Estos bloques dieron alojamiento tanto a los anteriores habitantes del barrio como a buena parte de las familias procedentes de poblados chabolistas (en su gran mayoría de etnia gitana), realojados bajo un criterio maximalista cuantitativo que partía de una visión de la vivienda como alojamiento meramente físico, sin tener en cuenta otros factores de integración social.

¹³ Estos bloques, al igual que los que conforman el barrio de Pan Bendito, son representativos de la discontinuidad social y cultural entre quienes diseñan y proyectan el espacio, y quienes lo habitan. Los arquitectos, pertenecientes a una clase social más elevada que la de los pobladores subalternos, imprimen su *habitus* en la arquitectura que producen, contribuyendo a generar un sentimiento de extrañamiento cultural en los habitantes de las periferias. Si para el arquitecto el espacio construido es el de las funciones, para el usuario es el espacio de las relaciones (Signorelli, 1999: 57-64).

¹⁴ Teresa San Román analiza la competencia por recursos escasos en las ciudades españolas y las estrategias alternativas entre actividades regladas y no regladas empleadas por la población gitana para su sostenimiento. Las situaciones de escasez provocadas por crisis económicas han sido las más propicias para producir conflictos interétnicos (San Román, 1997: 174-182).

ción social, alta incidencia de problemas de drogodependencias y de «salud mental» entre sus hijos, y la sensación de decadencia desde la muerte de Franco. Precisamente, en estas familias de origen desfavorecido, la consecución de unas viviendas de calidad gracias a sus conexiones asimétricas con miembros del poder (cuyas prácticas paternalistas eran muy comunes en la época), supuso el cenit de sus posibilidades socio-materiales. Conscientes de que el capital social que habían puesto en juego durante el franquismo ya no les podía reportar los mismos beneficios, y de que carecían de otros capitales (especialmente el cultural), todo lo que pudiese llegar era necesariamente peor. La llegada de la población realojada no hizo sino confirmarles su origen popular.

Cada grupo social, en función de sus pertenencias de clase, género, etnia o edad puede estar definiendo de manera diferencial las fuentes de inseguridad («los verdugos») atendiendo a sus necesidades sociales y a las expectativas que se teme sean frustradas (según lo que se valore, se construirá una amenaza). Es así cómo pueden comprenderse las narraciones sobre inseguridad que genera la policía entre parte de la población joven, gitana e inmigrante.

Pero en Carabanchel existen multitud de prácticas cotidianas relacionadas con la coexistencia y, a veces, con la convivencia. Estas prácticas exceden el discurso, lo quiebran. Las experiencias positivas en la resolución de conflictos y la interacción en espacios comunes (salida del colegio, parques, salas de espera) generan diariamente situaciones comunicativas y de apoyo mutuo. El discurso «anti-otro» responde más a las estrategias de autolegitimación en situaciones concretas (como las de la obtención de recursos en los servicios sociales) que a la vida cotidiana de los vecinos del barrio: estamos ante un discurso dominante de incompatibilidades identitarias que esconde prácticas de interacción reales entre las propias alteridades que habitan en cada persona.

La competencia por recursos escasos en el mismo espacio (o el impedimento para hacer uso de ellos) parece condicionar la fuerte aparición de discursos de la inseguridad. Estos discursos, más que responder a sensaciones de miedo íntimas (su relación no es directa) poseen un carácter estratégico que persigue el propio reconocimiento social en detrimento de quien representa la alteridad. Se emplean a modo de señalamiento de la propia identidad y permiten a sus emisores actuar como sujetos políticos. La participación de una suerte de «comunidad de los inseguros» se constituye, en las democracias electorales actuales, en la vía más fácilmente transitada dispuesta por el Estado para que los miembros de los barrios populares puedan ejercer una porción de derechos de ciudadanía. La «seguridad ciudadana» se convierte, así, en un argumento reapropiado por muchos vecinos de barrios como Carabanchel para ser manejado en su propio contexto de *escasez*.

3. CONCLUSIONES

He tratado de representar algunas de las visiones proyectadas sobre el propio entorno barrial partiendo del rol de Carabanchel en la ciudad de Madrid. El rol

devaluado adscrito a este espacio como consecuencia de los procesos materiales y simbólicos de *inferiorización* social, está ampliamente vinculado con las representaciones de su espacio como «feo, cutre», y como inseguro. Sin embargo, sus habitantes han desarrollado una serie de estrategias (que por otro lado no son novedosas en relación a las de otros agentes de espacios devaluados) destinadas a prestigiar su propio emplazamiento o, al menos, a sí mismos en ese espacio de *escasez* y *periférico*. Una de las estrategias a las que he asignado mayor importancia, por constituirse en motor de innovación, es la de la afirmación de la identidad barrial mediante la exaltación de valores como el de la *autenticidad*. La autenticidad como valor que se contrapone a la corrupción y la perversión de otros lugares «socialmente correctos» de la ciudad («pijos»), se enarbola como noción diferenciadora de barrios populares como Carabanchel. Esta autenticidad puede asociarse a las ideas de comunidad, de solidaridad, de obrero, de macarra, etc., todos ellos atributos contrapuestos a los valores hegemónicos en la época actual. El Carabanchel «satánico» (un extremo de las representaciones de la maldad virtuosa del barrio) no es sino una representación expresiva de la condición de clase, subalterna, de buena parte de sus pobladores.

Esa autenticidad es una modalidad de resignificación que emplean algunos agentes del distrito. Estos agentes, que exhiben en sus discursos el orgullo barrial, suelen mostrar actitudes de confianza hacia su entorno, aunque a veces este orgullo puede derivar en visiones excluyentes de los nuevos moradores del barrio que pudieran amenazar la pureza original. La pertenencia a Carabanchel como elemento relevante en la constelación de identidades, puede tener manifestaciones más o menos políticamente explícitas (desde la simple presencia del orgullo barrial en el discurso, a la participación activa en colectivos vecinales), pero suele corresponderse con posiciones en las que no se transmite una sensación de amenaza de pérdida de su propio poder social. Las luchas vecinales contra la instalación de los parquímetros¹⁵ o por la preservación de espacios verdes y de relación, dan buena cuenta de las posiciones de empoderamiento de unos actores que reactualizan en sus luchas locales las contiendas políticas estructurales.

En general, puede afirmarse que la vivencia de un espacio como inseguro se corresponde con su asociación con la *escasez*, si bien las representaciones de esta *escasez* van a variar en función de la escala de valores (según se prime el capital económico, el cultural, el social, etc.). Los espacios de *escasez*, que cumplen el mismo rol en el interior del distrito que Carabanchel dentro de Madrid, son considerados inseguros al ser el marco en el que se desarrollan las disputas por elementos materiales y simbólicos de amplia concurrencia y difícil distribución, o bien el escenario en el que se expresa el miedo a perder lo conseguido. Es así como las zonas más empobrecidas y sus espacios de expresividad (como los

¹⁵ La lucha vecinal contra la instalación de zonas de aparcamiento restringido en el distrito, que conlleva la imputación económica directa para todos los miembros de la ciudad con coche, independientemente de sus ingresos, ha sido fuertemente combatida y ha logrado un éxito extraordinario al paralizar las intenciones del ayuntamiento.

centros públicos educativos, sanitarios y de servicios sociales), o los barrios nuevos y sus viviendas recién habitadas, parecen presentar mayores condiciones de posibilidad de aparición de representaciones de peligrosidad del barrio.

He interpretado la peligrosidad como una atribución que abarca situaciones mucho más amplias que la violencia delincinencial y que se relaciona con la presencia de la conciencia de *escasez*. La *escasez* del enclave, además de informar de la posición social relativa del barrio, funciona también como una creencia interiorizada que implica que algo se acaba, y lo que se ha ido acabando para muchos carabancheleros nativos (y ya también para ciertos inmigrantes extranjeros llegados hace varios años) es la época dorada, aquella *época base* que se recuerda como comunitaria, solidaria, próspera, etc., en fin, relacionada con algún tipo de crecimiento de la autonomía (pese a que éste se produjese dentro del propio contexto de *escasez*). De ahí que el arribo de nuevos actores al barrio, los últimos inmigrantes en llegar (Carabanchel es un barrio eminentemente de inmigrantes desde los años 50), represente en sus formas expresivas (consumo y visibilidad) una amenaza a la convivencia y a la paz barrial. Esta es la plataforma sociosubjetiva sobre la cual se asientan los discursos mediáticos relacionados con la inseguridad.

La idea fundamental que he tratado de transmitir es la de que la desidentificación con el espacio guarda una relación directa con el estancamiento y el descenso en el poder social, y esta desvinculación del propio barrio no es sino el caldo de cultivo para la proliferación de visiones más competitivas e inseguras. Las luchas de poder en el marco local se constituyen en un escenario propio, pero manifiestan el conflicto social global en una suerte de *glocalización* de la inseguridad. Del mismo modo, la cooperación entre agentes del barrio y la localización de las amenazas en las instancias de mayor poder («la policía», «el ayuntamiento» o «el capitalismo»), desacreditan las visiones mediáticas inseguras de Carabanchel y transmiten la experiencia del empoderamiento.

Los discursos identitarios, como los relacionados con la seguridad, si son localizados y contextualizados socialmente, pueden convertirse en una potente herramienta de comprensión de las subjetividades de las personas implicadas en las relaciones del trabajo social en marcos institucionales. Al mismo tiempo, esta comprensión amplia (*empatía fuerte*) puede brindar excepcionales instrumentos de reflexión conjunta en una relación *persona trabajadora social/persona que usa sus servicios* que pretenda una creciente democratización y evite la psicologización e individualización de los problemas. Dialogar sobre la propia identidad implica situarnos en un contexto; empezar a deconstruirla conjuntamente significa ir reconociendo la alteridad que está fuera y dentro de nosotros con el fin de construir autonomía y una seguridad, ya no discursiva, sino corporal.

4. BIBLIOGRAFÍA

AUGÉ, Marc

2004 *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.

- BAUMAN, Zygmunt
2003 *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- BOURDIEU, Pierre
1997 *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- CUCÓ, Josep
2004 *Antropología urbana*. Barcelona: Ariel.
- DE CERTEAU, Michel
1993 *La escritura de la historia*. México: UIA.
1996 *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios superiores de Occidente/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- FRANZÉ, Adela
2002 *Lo que Sabía no Valía. Escuela, Diversidad e Inmigración*. Madrid: Consejo Económico y Social (C.M.).
- GARCÍA GARCÍA, José Luis
1976 *Antropología del territorio*. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Betancor.
- GARCÍA GARCÍA, Sergio
2005 «Hermenéutica de la queja (o análisis del micropoder en los Servicios Sociales)». *Trabajo Social Hoy*, N° 44.
2006 «Discursos sobre el hacinamiento: una oportunidad para reflexionar sobre el conflicto». *Cuadernos de Trabajo Social* N° 19.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor
2001 *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós SAICF.
- GLEDHILL, John
2000 *El poder y sus disfraces*. Barcelona: Bellaterra.
- GRAVANO, Ariel
2003 *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio.
- HAMMERSLEY, Martyn, y ATKINSON, Paul
1994 *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- SAN ROMÁN, Teresa
1997 *La diferencia inquietante. Viejas y nuevas estrategias culturales de los gitanos*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- SERRET, Estela
2004 «Mujeres y hombres en el imaginario social. La impronta del género en las identidades», en García Gossio, I. (coord.), *Mujeres y sociedad en el México contemporáneo. Nombrar lo innombrable*. México: TEC de Monterrey, Cámara de Diputados, Miguel Ángel Porrúa.
- SIGNORELLI, Amalia
1999 *Antropología urbana*. Barcelona: Antrhopos.